

numerosos y armados puestos en fuga, los aniquilaron por mandato de Dios y con la ayuda de los elementos.

Relee sus escritos, o, dejando de mano a los antiguos recorre los de Flavio Josefo, o, si te agradan más los romanos, busca los de Antonio Juliano(1) acerca de los judíos, y sabrás que por su maldad merecieron este desastre, y que nada les aconteció que no se les anunciara de antemano, si perseveraban en su contumacia. Así comprenderás que ellos tricionaron a Dios antes que El los abandonara, y que no fueron hechos prisioneros con su Dios, como impíamente te expresas, sino que fueron entregados por Dios como desertores de su ley.

CAPÍTULO XXXIV

FIN DEL MUNDO. RESURRECCIÓN. VIDA FUTURA

En cuanto al incendio universal por la caída inesperada de fuego o porque el agua se acabe, sólo el vulgo lo pone en tela de juicio. Pues qué filósofo duda, quién ignora que todo lo que ha tenido principio debe tener fin, que ha de perecer lo creado, que el cielo mismo con cuanto encierra se acabará de igual manera que empezó.

Es una teoría asentada entre los estoicos, que si el sol, la luna y los demás astros dejaran de nutrirse con los vapores del agua dulce y marina, la creación entera sería presa de las llamas, que todo este mundo, extinguida la humedad, se inflamaría. Idéntico parecer sostienen los epicúreos sobre la conflagración de los elementos y destrucción del universo(2).

1. Nada se sabe de este escritor.

2. El elemento constitutivo del sol, la luna y los astros, según los estoicos, es el fuego que se nutre de los vapores despedidos por las aguas del mar y de la tierra, y lanzados de nuevo a la tierra. El día en que estas aguas se agoten sólo quedará el fuego, que abrasará y destruirá todo lo creado.

Los Epicureos afirman que el mundo acabará por la disagregación de los átomos que le han formado, más para renacer de nuevo. Otros de esta misma escuela se inclinan hacia una conflagración general de los elementos (el cielo, la tierra, el mar y el éter).

Platón dice que las partes del orbe unas veces se inundan y otras se incendian sucesivamente, y, a pesar de sostener que el mundo ha sido creado eterno e indisoluble, añade, sin embargo, que su único creador, Dios, puede disgrarle y aniquilarle. Así nada tiene de extraño que esta obra ingente fuera destruida por quien la estructuró.

Ya ves que los filósofos disputan acerca de lo mismo que nosotros afirmamos, no porque hayamos seguido sus huellas, sino más bien porque ellos han tomado de las predicciones inspiradas por Dios a nuestros profetas una sombra de la verdad desfigurada.

Igualmente el dogma de la resurrección le han transmitido a medias y con corruptelas los más insignes de los sabios, Pitágoras, el primero cronológicamente, y Platón, el primero en importancia. Pretenden, en efecto, que al disolverse los cuerpos, subsisten eternamente las almas solas y pasan con bastante frecuencia a otros nuevos cuerpos. Para obscurecer más la verdad, añaden a estos asertos que las almas humanas tornan a los animales domésticos, a las aves y a las fieras. Ciertamente no es propio del esfuerzo de un filósofo tal parecer, antes bien parece chocarrería de un bufón. Mas basta para nuestra tesis comprobar que también en esto, en alguna manera, concuerdan vuestros sabios con nosotros.

Por otra parte, ¿quién hay tan necio o irracional que se atreva a negar que, así como Dios pudo crear primeramente al hombre, pueda resucitarle de nuevo?, ¿que nada queda del cuerpo después de la muerte y que nada fué antes de su nacimiento?, ¿que como pudo nacer de la nada, igualmente puede ser rehecho de la nada? Por cierto, más difícil resulta empezar a ser lo que no existe que renovar lo ya preexistente. ¿Crees tú que se oculta también a los ojos de Dios lo que se escapa a los nuestros miopes?

El cuerpo entero o se desecha en polvo, o se resuelve en agua, o se reduce a cenizas, o se exhala en vapores; desaparece de nuestra vista; mas permanece para Dios, que custodia sus elementos. Ni tememos, como creéis, que se nos siga ningún perjuicio por el modo de sepultarnos; conservamos, empero, la antigua y preferible costumbre de inhumación(1).

1. Suponían los paganos que el quemar los cadáveres era un obstáculo para la resurrección.

Repara cómo para consuelo nuestro toda la naturaleza anuncia la futura resurrección. El sol se pone y renace, los astros se ocultan y vuelven, las flores se marchitan y reviven, cúbrense de hojas los árboles después de envejecer en el invierno, las semillas no brotan sino después de su corrupción: así el cuerpo durante un tiempo, como los árboles en el invierno, encubren su vigor con una muerte aparente. ¿Por qué te impacientas para que reverdezca y retoñe aún en el crudo invierno? También debemos esperar la primavera del cuerpo.

No ignoro que muchos, por el conocimiento de lo que merecen, más bien desean no existir después de su muerte que lo creen: pues prefieren ser aniquilados en absoluto antes que resucitar para sufrir. Su error se agrava ya por la impunidad de que gozan en este mundo, ya por la paciencia infinita de Dios, cuyo juicio tanto es más justo cuanto más tardío.

CAPÍTULO XXXV

FUEGO ETERNO PARA LOS MALOS. SUPERIORIDAD MORAL DEL CRISTIANISMO

Quedan, sin embargo, advertidos los hombres, que los libros de los sabios y las ficciones de los poetas, de la existencia de aquel río de fuego y de aquellas llamas, que, saliendo de la laguna Estigia, dan varias vueltas a los infiernos, preparados para un suplicio imperecedero, como lo aprendieron por confesión de los demonios y por los oráculos de los profetas, y así nos lo enseñaron. Por eso, los vates hacen jurar con temor religioso al mismo Júpiter por las riberas abrasadoras y por el abismo tenebroso: conoce de antemano, sin duda y teme el castigo reservado para él y sus adoradores. Esos tormentos no tienen medida ni fin. Un fuego inteligente abrasa y conserva, devora y alimenta allí los miembros. Como los rayos tocan los cuerpos sin consumirlos, como los fuegos del Etna y del Vesubio y de las tierras que llamean por doquier arden sin consumirse, así aquel

fuego vengador no se alimenta con la destrucción de los que se queman, sino que se nutre con la tortura insaciable de los cuerpos.

Sólo en un blasfemo cabe dudar que los que no reconocen a Dios son atormentados como impíos, como injustos, pues no es menor crimen desconocer al Padre y Señor de todos que ofenderle. Y por más que el hecho de ignorar a Dios sea suficiente para el castigo, así como su conocimiento basta para obtener el perdón; sin embargo, si nos comparamos los cristianos con vosotros, aunque en algunos nuestra observancia esté un poco relajada, se nos encontrará con todo mucho mejores que vosotros. Pues vosotros prohibís los adulterios, y, a pesar de eso, los cometéis; nosotros nacemos hombres solamente para nuestras mujeres. Vosotros castigáis los pecados cometidos; a nuestros ojos también el pensamiento es pecado. Vosotros teméis a los hombres conocedores de vuestras maldades; nosotros tememos también a la conciencia sola, ligada a nuestra vida. Finalmente, la cárcel está llena de vuestra gente; allí no se ve ningún cristiano, sino es algún confesor de su religión o algún apóstata.

CAPÍTULO XXXVI

EL DESTINO. LA POBREZA ES UNA HONRA: LAS ADVERSIDADES, UNA MILICIA

Nadie se ampare en el destino o excuse con él su conducta. Admitamos que nuestra condición depende de la casualidad: nuestro espíritu, no obstante, es libre, y, por eso, lo que se juzga es la acción del hombre, no su rango social. ¿Qué otra cosa es, en efecto, el destino más que aquello que Dios ha destinado a cada uno de nosotros? Quien, como conoce de antemano nuestro valor dispone también los destinos de cada uno según sus méritos y cualidades. Así que entre nosotros no se castiga el nacimiento, sino las disposiciones del espíritu.

Esto basta con respecto al hado, que si parece poco por el momento, de él hemos de tratar, en otra ocasión, más ampliamente y más a fondo(1).

Dícese que la mayor parte de nosotros somos pobres. Eso no es un baldón, sino más bien constituye nuestra gloria; pues el espíritu se relaja con el lujo y se robustece con la frugalidad. Y, por otra parte, ¿puede ser pobre quien nada necesita, quien no anhela los bienes ajenos, quien es rico a los ojos de Dios? Es pobre de verdad el que, aun teniendo mucho, desea más todavía.

Diré como lo siento: nadie puede ser tan pobre como cuando nació. Las aves viven sin patrimonio y los animales pacen para el día: y sin embargo, para nosotros nacen, siendo todo de nuestra propiedad, si no los deseamos.

Así como el viajero camina más gustoso cuanto va menos cargado, del mismo modo en esta carrera de la vida es más feliz el pobre, libre de embarazos, que el rico, agobiado con el peso de las riquezas. Además, si la abundancia de bienes nos pareciera útil, la pediríamos a Dios; ciertamente nos podría dar algo quien todo lo posee. Mas preferimos despreciarlos antes que acumularlos sin tasa. Con mayores ansias apetecemos la inocencia, pedimos la mansedumbre; nos agrada más ser buenos que pródigos.

El sentir y padecer las flaquezas naturales del cuerpo, no es un castigo, es una milicia. Pues la fortgaleza vigorízase en las miserias y una calamidad es con bastante frecuencia una escuela de virtud. Las energías de la mente y del cuerpo se atrofian por falta de ejercicio. Todos vuestros hombres esforzados, que proponéis como modelo, fueron célebres por sus trabajos.

Nos es verdad, pues, que Dios no nos pueda socorrer, ni que nos desprecie, siendo dueño del mundo y amando a los suyos; mas prueba

1. No sabemos si Minucio cumplió su popósito, anunciado aquí, de componer un libro sobre el *Destino*. En tiempos de S. Jerónimo circulaba una obra titulada: *De Fato, vel contra Mathematicos*; pero ya el Santo hace notar su diferencia de estilo con el *Octavio*, para que ambos sean hijos del mismo autor. Sin duda, al ver formulada su intención, le atribuyeron el trabajo de un desconocido.

y tantea a cada uno en las adversidades, pesa su índole en los peligros, sondea la voluntad del hombre hasta la muerte, sabiendo a ciencia cierta que nada se escapa a su providencia. Para terminar, al modo que se examina el oro en el fuego, somos probados nosotros en las aflicciones.

CAPÍTULO XXXVII

EL SOLDADO DE DIOS. POR QUE DESPRECIA LAS RIQUEZAS Y LAS POMPAS PAGANAS

¡Qué hermoso espectáculo para los ojos de Dios ver al cristiano luchar con el dolor, enfrentarse con las amenazas, suplicios y tormentos, despreciar sonriente el estrépito de instrumentos mortíferos y el horror que inspira el verdugo, defender su libertad contra reyes y príncipes para someterla a sólo Dios, a quien pertenece, desafiar triunfante y victorioso al mismo que pronunció su sentencia! Pues quien ha obtenido lo que pretende es el vencedor.

¿Qué soldado no arrostra los peligros con más valentía en presencia de su general? Nadie recibe el premio sin haber combatido. Y, sin embargo, el general no da lo que no tiene: no puede prolongar la vida, puede honrar la bravura. Al contrario, el soldado de Dios no se ve desatendido en el dolor, ni termina con la muerte. Así que el cristiano puede parecer miserable, pero no lo es.

Vosotros mismos ensalzáis hasta las nubes a los que han sufrido animosamente como, por ejemplo, a Mucio Escévola, que habiendo errado al querer matar a un rey, hubiera perecido víctima de sus enemigos, si no pierde su mano derecha(1). Y ¡cuántos de los

1. *Cayo Mucio Escévola*, con el fin de librar a Roma, sitiada por Porsena, rey de los etruscos (hacia 507 a. C.), penetró en la tienda de éste con la intención de matarle, más equivocadamente, dió muerte a uno de los secretarios del soberano. Amenazado con la tortura, extendió su diestra sobre un brasero, diciendo: "Así castigo el error de mi mano". Este acto heróico le valió la libertad.

nuestros se dejaron quemar y abrasar no sólo la mano derecha, sino todo el cuerpo, sin proferir gemido alguno, sobre todo dependiendo de ellos su liberación! ¿Compara a los hombres con Mucio o con Aquilio(1) o con Régulo? Nuestros muchachos y nuestras mujeres delicadas toman a broma, con el sufrimiento sobrenatural del dolor, las cruces y los tormentos, las fieras y todos los espantajos de los suplicios. ¿No comprendéis, desgraciados, que no hay nadie que quiera sufrir una pena sin motivo o que pueda padecer los tormentos sin la ayuda de Dios?

Acaso os engaña el ver a los despreocupados de Dios nadando en la abundancia; gozan de honores, sobresalen por sus cargos. Los infelices se levantan más para dar mayor caída. Son víctimas que engordan para el sacrificio; hostias que se coronan para la inmolación. Algunos escalan el poder, la dignidad, para traficar libremente, apoyados en su autoridad desenfrenada y siguiendo sus perversos instintos. Pues sin el conocimiento de Dios, ¿qué felicidad estable puede existir, ya que equivale a la muerte? Semajante a un sueño, antes de poseerla se desvanece.

¿Eres rey? Pero si temes tanto como eres temido, y aunque vayas rodeado de mucha escolta, en el peligro te quedas solo. ¿Eres rico? No hay que fiarse mucho de la fortuna, y el breve curso de nuestra vida no se ordena con grandes aprovisionamientos, antes se embaraza.

¿Te glorías en tus fasces y en tu púrpura? Es una vana ilusión del hombre y una preocupación insustancial deslumbrar con la púrpura teniendo el alma manchada. ¿Eres de noble estirpe? ¿Alabas a tus progenitores? Pero si el nacimiento nos iguala; solo la virtud nos distingue.

Con razón, pues, no dando valor más que a las buenas costumbres y a la honestidad, nos abstendremos los cristianos de los perversos

1. *Aquilino Mario Nepote*, vencido y hecho prisionero por Mithridates (90 a. C.), se vió sometido a los más vergonzosos ultrajes. Mandó darle muerte vertiendo oro derretido en su boca.

placeres, de vuestras procesiones y espectáculos, cuyo origen religioso conocemos y reprobamos sus nocivos halagos(1).

¿A quién no causa horror la estupidez del pueblo que riñe entre sí en los juegos del circo y la enseñanza del homicidio en los combates de gladiadores? En los juegos escénicos no es menor la locura y mayor la livianidad. Porque unas veces el actor narra o representa adulterios, otras el histrión, al poner en escena un lance de amor, nos le mete por los ojos. Ese mismo actor deshonra a vuestros dioses atribuyéndoles estupros, suspiros, odios. Provoca vuestras lágrimas con sus gestos y movimientos vanos por dolores ficticios. De esta manera deseáis el homicidio en la realidad, le lloráis en la ficción.

CAPÍTULO XXXVIII

POR QUÉ LOS CRISTIANOS NO GUARDAN ALGUNAS COSTUMBRES PAGANAS

El despreciar los restos de los sacrificios y los vinos libados no es una prueba de nuestro temor, es una afirmación de nuestra verdadera libertad. Pues, aunque todo lo que nace, como don inviolable es de Dios y no sufre mancilla por cualquier uso, abstéñemonos, sin embargo, no vaya alguno a pensar o que nos sometemos a los demonios, a quienes se ofrecieron, o que nos avergonzamos de nuestra religión.

1. Esas procesiones y esos espectáculos formaban parte de las fiestas nacionales y religiosas romanas. Las celebraban para dar gracias a los dioses e implorar su protección y para honrar a los muertos ilustres. Figuraban en estos *sacra certamina*: 1, los combates de gladiadores, 2, los combates entre fieras (*venationes*); 3, los juegos del circo o carreras de carros (*ludi circenses*). Es, pues, natural que los cristianos excusaran su asistencia a tales actos: como también se absténían de las carnes y líquidos ofrecidos a las divinidades (*idololitos*), no por miedo a estos dioses, sino por respeto a la conciencia del prójimo, que se podía scandalizar (S. Pablo, I. Cor. X, 14-29).

Pero. ¿quién pone en duda que nos agradan las flores de la primavera, pues recogemos las rosas, las azucenas y todas las otras de color y perfume agradables? Nos servimos de ellas sueltas y diseminadas, y rodeamos nuestros cuellos con suaves guirnaldas. Es cierto que no coronamos nuestra cabeza. Perdonad: el aroma delicado de la flor le solemos percibir en la nariz no en el colodrillo o en los cabellos.

Tampoco coronamos a los muertos. Más me maravilla en esto vuestro proceder: si el muerto conserva el sentimiento, ¿por qué le aplicais la tea?; si no le conserva, ¿por qué le coronais?; pues, si es feliz no necesita flores, y si es desgraciado, no se alegra con ellas. Nosotros, al contrario, celebramos nuestros funerales con el mismo recato con que vivimos: no ponemos una guirnalda que se marchita; más bien esperamos de Dios una inmarcesible de flores eternas. Tranquilos, modestos, seguros a causa de la liberalidad de nuestro Dios, robustecemos la esperanza de nuestra futura dicha con la seguridad que El mismo nos ha dado viviendo entre nosotros. Así resucitaremos felices y lo somos ya desde ahora por la contemplación de lo venidero.

PERORACIÓN

De modo que allá se las entienda Sócrates el bufón del Atica(1), al confesar que nada sabe, ufano por la declaración de un demonio mentiroso(2); que Arcesilao también, y Carníades y Pirro, y la turbamulta de los Académicos delibere, que Simónides difiera siempre su respuesta. Despreciamos el orgullo de estos filósofos, que sabemos fueron seductores, adulteros, tiranos y siempre elocuentes contra sus propios vicios. Nosotros manifestamos nuestra sabiduría

1. Frase que Cicerón pone en boca de Zenón, el Epicúreo.

2. El oráculo de Apolo había proclamado a Sócrates el más sabio de todos los hombres.

no por el traje, sino por nuestro espíritu; nuestra grandeza no la cuentan máximas pomposas, sino laantidad de la vida. Nos gloriamos de haber logrado lo que ellos buscaron con esfuerzo sumo sin poderlo dar alcance.

¿Por qué hemos de ser ingratos? ¿Por qué hemos de cerrarnos a nuestra propia dicha, si la verdad acerca de Dios ha llegado a su madurez en los tiempos actuales? Gocemos de nuestra buena suerte y encarrilemos nuestro parecer en los rieles de la razón. Paren en seco las falsas doctrinas, sea confundida la impiedad y que la verdadera religión se conserve.

EPÍLOGO
(Capítulos XXXIX-XL)

CAPÍTULO XXXIX

CONTICUERE OMNES

Cuando Octavio cesó de hablar, nos quedamos un rato pasmados, mirándonos fijamente, sin articular palabra alguna. Yo estaba fuera de mí pensando que había confirmado con argumentos, ejemplos y autoridades sacadas de sus lecturas, cosas más fáciles de sentir que de explicar, y cómo había esgrimido contra los malintencionados las armas de los filósofos con las cuales ellos se escudan, demostrando que la verdad es no sólo asequible, sino también agradable.

CAPÍTULO XL

FALLO DE LA CONTIENDA. SUS CONSECUENCIAS. DESPEDIDA JOVIAL

Mientras yo, callado, desarrollaba estos pensamientos, Cecilio exclamó: "Mil plácemes a mi amado Octavio; alégrome yo con él y no espero la sentencia. Entrambos hemos vencido de esta manera. Aun a trueque de faltar a la vergüenza, me arrogo la victoria. Pues así como él es mi vencedor, yo triunfo igualmente de mi engaño.

De suerte que, en lo tocante al punto capital de la cuestión, admito una Providencia, me someto a la doctrina acerca de Dios y coincido con vosotros en la pureza de vuestra religión, mía ya desde ahora. Aún me quedan por aclarar algunas dificultades, que no destruyen la verdad, pero que son necesarias para una perfecta instrucción. De ellas hablaremos mañana, porque el sol ya va cayendo; y, pues estamos de acuerdo sobre el conjunto, las dilucidaremos rápidamente."

"En cuanto amí -dije yo-, me regocijo grandemente en nombre de los tres, ya que la victoria de Octavio me favorece, librándome de la odiosa misión de juzgar. No encuentro tampoco palabras elogiosas a la altura de su mérito. Poca cosa es el testimonio del hombre, sobre todo si va solo. Dios, que con sus luces le ha dado elocuencia y con su ayuda le ha hecho ganar el pleito, le recompensará con larguezas."

Acto seguido nos sepáramos, rebosando de júbilo: Cecilio, por haber creído; Octavio, por su éxito, y yo, por la conversión del uno y del triunfo del otro.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	3
INTRODUCCIÓN.	
Capítulo I	19
" II	20
" III	20
" IV	21
PRIMERA PARTE: DISCURSO DE CECILIO.	
1º <i>Su profesión de fe.</i>	
Capítulo V	23
2º <i>Apología del paganismo.</i>	
Capítulo VI	26
" VII	29
3º <i>Requisitoria contra los cristianos.</i>	
Capítulo VIII	31
" IX	32
" X	34
" XI	35
" XII	36
PERORACIÓN.	
Capítulo XIII	38
INTERMEDIO.	
Capítulo XIV	40
" XV	41
SEGUNDA PARTE: RÉPLICA DE OCTAVIO.	
Capítulo XVI	43
1º <i>Existencia de un solo Dios y de una providencia.</i>	

	Págs.	
Capítulo	XVII	45
"	XVIII	47
"	XIX	49
<i>2º La religión romana.</i>		
Capítulo	XX	54
"	XXI	56
"	XXII	58
"	XXIII	61
"	XXIV	63
"	XXV	64
"	XXVI	67
"	XXVII	69
<i>3º Reputación de la reconquista de Cecilio contra los cristianos.</i>		
Capítulo	XXVIII	71
"	XXIX	73
"	XXX	75
"	XXXI	76
"	XXXII	79
"	XXXIII	80
"	XXXIV	81
"	XXXV	83
"	XXXVI	84
"	XXXVII	86
"	XXXVIII	88
Peroración	89
EPÍLOGO.		
Capítulo	XXXIX	90
"	XL	91